

IV

UN NUEVO ESLABÓN EN LA CADENA

A raíz del atentado contra León Trotski, cada mañana hacía una visita al "Pocito" con el fin de no perder el contacto con los detenidos. Estas visitas, en medio del aburrimiento y de la atmósfera de depresión moral que los rodea, ejercen generalmente una influencia sobre ellos. Sobre todo por la mañana y después de las noches de silencio, de soledad y de meditación carcelarios. El preso se alegra, naturalmente, de estas visitas que vienen a romper su obligada y monótona soledad, que lo ponen en contacto con la vida y le permite recibir el aire de la calle y, aun cuando sólo sea por briznas, tener alguna información sobre lo que tanto le obsesiona: la marcha de la investigación en torno a su delito. Siempre nos recibe el preso con una curiosidad expectante. Y casi siempre nos compra esas briznas de información con alguna revelación nueva o algún complemento de declaración. Su conciencia ha trabajado durante la noche y necesita aliviarse un poco más cada mañana. Se establece una cierta familiaridad con él, sobre todo si se le sabe tratar humanamente, que le suele mover a hablar, a sincerarse en voz alta. Provoca, en una palabra, una cierta necesidad de confesión. He hecho esta experiencia repetidas veces y siempre me ha dado excelentes resultados.

Una mañana penetré inopinadamente en la celda de Luis Mateo Martínez, el mismo que había solicitado los uniformes del Juez de Tacubaya y qué, detenido, me había dado el nombre del prominente comunista David Serrano Andonegui. De tal modo se había precipitado desde ese momento la marcha de la investigación, que apenas había podido volver a ocuparme de él. Estaba seguro de que sabía mucho más de lo que me había dicho en su declaración. Pero se obstinaba en no hablar, sin duda por no comprometerse ni comprometer a sus amigos. Yo sabía que amaba apasionadamente a su mujer. Y le dije con firmeza:

—Mira, Mateo: si te obstinas en no decirme todo lo que sabes respecto al asalto en el que tomaste parte directa, me veré obligado a detener a tu mujer.

Reaccionó rápido, herido en lo vivo:

—¿A mi mujer? ¡Ella no sabe nada!

—Debe saber mucho y estoy seguro de que confesará lo que tú te obstinas en callar.

—Le suplico, mi Coronel, que no le haga nada a mi

mujer. Es completamente inocente. Yo no puedo decir más de lo que he dicho.

—Te doy dos horas para reflexionar. Si dentro de este tiempo no lo confiesas todo, tú solo serás responsable de lo que le ocurra a tu esposa.

Simulando irritación y enfado, abandoné la celda, dejando con Mateo al agente López Mejía para qué, con el tacto y la inteligencia que siempre le reconocí, tratara de disuadirlo de sus negativas. No tenía yo la menor intención de tomar semejante providencia contra su mujer, pero Mateo lo creyó sin duda. Después de interrogar a otros detenidos y cuando ya me retiraba hacia mi despacho, fuera del "Pocito", al abordar mi coche, fui alcanzado por López Mejía, el cual me dijo:

—¡Jefe, jefe: Mateo se está vaciando! ¡Se ha cortado las venas y se muere, se muere!

Corrí, rápido, hacia la celda del detenido. A la puerta se hallaban dos agentes. Abrí y me encontré con un espectáculo en verdad inesperado y por demás sorprendente. Sobre el catre estaba Mateo como una res desollada, en medio de un gran charco de sangre. ¿Qué había pasado? Me precipité sobre él. Estaba boca arriba, con las piernas encogidas, la cabeza hacia atrás, colgante, la boca abierta y la mirada cadavérica, muy pálido. De sus brazos, uno de ellos colgando fuera del catre, manaba abundante sangre. Se había cortado los antebrazos. Sobre una silla, a la cabecera de su catre, encontré una hoja Gillette, ya enmohecida y con poco filo. ¿La llevaba él encima o la había encontrado en la celda? Lo creí muerto o a punto de expirar. Apliqué el oído a su pecho al mismo tiempo que colocaba una mano sobre su corazón. Respiraba. Lo moví un poco, le pasé el brazo por debajo del cuello y lo incorporé levemente, al mismo tiempo que le decía:

—¿Qué ha ocurrido, Mateo? ¿Qué ha hecho usted?

¿Qué significa esto?

Con voz débil, me respondió:

—Déjeme morir. No necesito la vida. Ponla en libertad a mi mujer.

—Tranquilícese. Su señora no está detenida ni pienso detenerla.

Saqué un pañuelo y le até el brazo que parecía

sangrar más. Le pedí su pañuelo a un agente e hice lo propio con el otro brazo. Salí a hablar por teléfono a la Cruz Verde y requerí inmediatamente la presencia de uno de los médicos de guardia. No tardó éste en presentarse. Tras un rápido examen indicó la urgencia de proceder a una transfusión de sangre. No encontrándose ningún donador oficial, se contrató a una persona de un establecimiento privado. Se le inyectó al herido medio litro de sangre así como calcio. Se siguieron después todas las indicaciones del facultativo. Ocho días más tarde Luis Mateo Martínez se encontraba ya restablecido.

Este desgraciado incidente no trascendió a la opinión. Pero algunos de los detenidos por el asunto Trotsky le escribieron al Presidente Cárdenas diciendo que se les atormentaba en el "Pocito". El Presidente dió orden al General Núñez, que éste se apresuró a trasladarme a mí, de que fueran llevados los presos al Palacio Nacional en automóviles. Así se hizo. El General Cárdenas los hizo pasar inmediatamente a su despacho oficial; yo permanecí fuera para evitar toda sospecha de coacción. Le dijeron al Presidente, con toda honradez, que no habían sufrido ningún tormento y que recibían una alimentación suficiente. Aprovecharon todos la ocasión, como ocurre en estos casos, para hacer protestas de inocencia. Sucedió todo esto unos días después de haberse cortado Mateo las venas.

Liquidado el lamentable incidente, se trataba ahora de dar con el paradero de los principales directores y organizadores materiales del asalto. Poseía, por el momento, tres nombres de importancia: los de David Alfaro Siqueiros, Antonio Pujol y Juan Zúñiga Camacho, conocido también por, Pedro N. ¿Dónde se ocultaban? Alfaro Siqueiros, al empezar a aparecer su nombre en la prensa, habíale dirigido una carta al General Núñez protestando de que no se le hubiera llamado a declarar sobre el asunto y ofreciéndose a hacerlo. Terminaba así su habilidosa carta: "En caso afirmativo, le ruego que me lo haga conocer por escrito a mi domicilio habitual, Tampico 21, departamento 15, de esta ciudad. Este procedimiento legal, al que creo tener absoluto derecho, evitaría que se me hiciera una vez más víctima de cualquier atropello o arbitrariedad de parte de funcionarios inferiores". Pretendía, sin duda alguna, alejar de sí las sospechas. Sin embargo, tuvo buen cuidado de no presentarse a la policía. Lejos de eso, había desaparecido con sus otros cómplices.

Hice girar a todas las autoridades civiles y militares de la República una circular con las señas personales de los tres perseguidos, además de las de Jesús Alfaro Siqueiros, hermano de David y al que yo suponía también complicado. Como se trata

de tres personajes importantes en esta historia —excluyendo a Jesús—, reproduciré su descripción tal como quedaba apuntada en la circular:

"David Alfaro Siqueiros: Pelo crespo negro, ojos verdes, cejas espesas, nariz larga semiaguileña, boca regular, tez blanca, como de 46 años de edad, complexión robusta, cascorvo, locuaz, usa sombrero de anchas alas y traje azul o café, de tela esponjada con dibujos toscos".

"Antonio Pujol: Pelo erizado, .ojos color café, nariz chata, boca grande, labios gruesos, tipo indígena mongoloide, como de 28 años de edad, descuidado en el vestir, usa generalmente traje café e indistintamente sombrero y es de estatura más bien alta que baja".

"Juan Zúñiga Camacho o Pedro N.: Pelo erizado, ojos castaños oscuros con carnosidades, nariz chata, boca regular, labios un poco gruesos, cara redonda, maxilares angulosos, tez morena, tipo indígena, como de 28 años de edad, no tiene señas particulares visibles. Generalmente usa chamarra café oscura y pantalón negro".

Recomendaba a dichas autoridades que procedieran, por todos los medios a su alcance, a su busca y captura.

Cierta noche, siguiendo los datos proporcionados por Néstor Sánchez, me trasladé con varios agentes, entre ellos Melchor Cárdenas, Funes y Medina, a la calle República de Chile, en busca de Antonio Pujol y de Mariano Herrera Vázquez, nombre este último que conocía también por Néstor. Se trataba de una casa de vecindad bastante grande, de dos pisos y con un gran número de viviendas. Destaqué un grupo de agentes en la planta baja, donde vivían los padres y abuelos de Herrera. Mandé a otros a la cantina que por allí tenía el padre de Pujol, español, para que lo trajeran a mi presencia. Ocupé yo, con el Jefe de Ayudantes señor Quezada y dos agentes más, las escaleras del primer piso. Entré por una de las puertas que dan al sur. Me encontré con dos piezas oscuras, sórdidas. En la segunda pieza, amueblada con dos camas, dos viejos roperos de madera, una máquina de coser y una maleta también de madera, se encontraban la madre de Pujol —era una mujer de tipo indígena, muy gruesa—, una hija suya como de veinte años y dos pequeñuelos, hermanitos de Pujol.

—¿Dónde está su hijo Antonio? —pregunté.

—Hace ya varios días que no sabemos nada de él, señor —me respondió la, madre.

Sobre uno de los armarios había un veliz. Lo abrí.

Había en él varias prendas de señora elegante: ropa de seda, sombreros, objetos de tocador ... ¿Cómo podían encontrarse aquellas prendas en una habitación tan sórdida y miserable? La madre de Pujol se apresuró a explicarme que pertenecían a una norteamericana amiga de su hijo.

—¿Y dónde está ahora esa norteamericana?

—No lo sabemos, señor.

Pensé que tanto Pujol como su amiga la norteamericana podían muy bien encontrarse ya en los Estados Unidos. Esta mujer debía estar complicada de alguna manera con el asalto a la casa de Trotski. Por lo visto habían huido sin cuidarse de recoger el veliz.

En el baúl de madera encontré dos bolsas de lona repletas de monedas de un peso.

Llegó en esto el padre de Pujol.

—Usted debe saber dónde se encuentra su hijo Antonio. Dígamelo, señor Pujol, será mejor para todos.

—Pues no sé que decir, señor —respondió—. Dijo que se iba a cumplir un encargo de pintura.

—¿Y no sabe ni sospecha a dónde? ¡Qué raro me parece eso!

Recogí algunos documentos de interés y, entre ellos, una fotografía de Antonio Pujol. Poco teníamos que hacer ya allí. Daba la excursión por poco menos que fracasada. Ya descendía la escalera, con el consiguiente descontento, cuando los agentes apostados en la planta baja condujeron hacia mí a un hombre joven, de tez morena, calzando botas de minero y vistiendo un pantalón de montar, de color plomizo, y una camisola de la misma tela.

—¿Quién es usted? —le pregunté—. Dígame su nombre.

Dando pruebas de gran vacilación, me dió un nombre cualquiera. Comprendí en seguida que no era el suyo. Lo hice llevar al "Pocito" y no tardé en trasladarme también allí con el fin de proceder a interrogarlo. Hubo que vencer su resistencia. Acabó confesando su verdadera identidad: era Mariano Herrera Vázquez. Se trataba de una detención importantísima. Al hablarme de él, Néstor Sánchez me había dicho que uno de los mineros traídos por Alfaro Siqueiros de Nayarit lo había acusado de haber robado cierta cantidad de dinero. En caso de necesidad podía explotar este hecho contra él. Luego tenía en mi poder otro importante eslabón

de la cadena.

Herrera había nacido en la ciudad de México y contaba entonces veintiséis años de edad. Era de oficio electricista. Había pertenecido al Partido Comunista, según declaró, de 1934 a 1938. Era soltero, si bien desde hacía ya varios años vivía con Ana López ..., Ana López? Un tendero de comestibles, instalado a unas cuadras de la casa de Trotski, había oído conversar a dos mujeres, una llamada Julia y otra Ana, que habían vivido durante algún tiempo frente a su tienda, de una manera muy sospechosa. Habían tenido interés en intimar con los policías encargados de guardar la casa de Trotski. Una de ellas —Julia— había copulado con el policía Rodolfo Pregono. La noche del asalto habían abandonado la casa precipitadamente, medio desnudas, asustadas, llevándose Ana la cobija que le había prestado el Cabo, el cual habíase presentado a reclamársela al día siguiente. Pero ya había desaparecido. Se trataba de Ana López Chávez, amante de Herrera, y Julia Barradas Hernández, primera esposa del bígamo David Serrano Andonegui.

Herrera me hizo una declaración bastante completa. Me dijo que Ana y Julia se encontraban al servicio de David Alfaro Siqueiros en la preparación de cierto asunto ... Encontrándose sin trabajo, le rogó a su amante que hablara con el pintor a ver si podía proporcionárselo. Hacia el cinco de mayo Ana le había presentado a un extranjero, que suponía era francés, manifestándole éste que estaba dispuesto a darle ocupación y a pagarle cinco pesos diarios. Debía realizar su trabajo en Coyoacán, residencia del General Almazán, de un hermano del General Cedillo y de León Trotski. Herrera aceptó. El extranjero le dio orden de presentarse cada día, a las diez de la mañana, en la esquina de la calle de Tampico y de la Avenida Chapultepec. A los cuatro días se presentó a él David Alfaro Siqueiros. Este le prometió darle diez pesos diarios en lugar de los cinco que le había prometido el extranjero. Le hizo subir en su automóvil y lo condujo a Coyoacán, a la calle de Londres. Vivía allí Luis Mateo Martínez, con el que se quedó. Encontrábase en aquella casa desde hacía tres días, sin recibir instrucciones precisas, cuando se presentó Juan Zúñiga Camacho o Pedro N., el cual se limitó a abonarle sus salarios. Cierta día les ordenó que se trasladaran a la calle de Viena, donde encontraron a Néstor Sánchez, a un tal Narciso y a otro individuo cuyo nombre ignoraba. Podía visitar a su amante Ana López y a su amiga Julia Barradas, las cuales ocupaban una casita en la calle de Abasolo número 85, cerca de la casa de Trotski.

Un día se presentó allí Mateo ordenándole que se presentara a las diez de la mañana en la esquina

de Tampico y Chapultepec. Acudía allí Alfaro Siqueiros, pagándole sus honorarios y diciéndole que todavía no había nada. Hacia el día 17 Siqueiros lo citó en el mismo lugar a las cinco de la tarde. Acudió puntualmente el pintor y poco después se presentaron en un automóvil Angélica Arenal, su esposa, y Antonio Pujol. Subieron todos en el automóvil y volvieron al centro de la ciudad, donde adquirieron un catre de campaña y algunos objetos de pintura. Después salieron hacia el pueblo de Santa Rosa, ubicado entre la Villa Alvaro Obregón y el Desierto de los Leones. Llegaron la esposa de Siqueiros y Herrera a una casa desierta, no lejos de la carretera nueva. Bajaron los objetos comprados. La esposa de Siqueiros regresó a la ciudad en el mismo vehículo que los había llevado, previniéndole que permaneciera allí hasta nueva orden.

En la extraña casa, encontró a Luis Arenal, hermano de la esposa de Alfaro Siqueiros, a Narciso N. y a otro individuo cuyo nombre ignoraba. Sólo oyó que lo llamaban "El Enfermo". Permanecieron allí unos siete días completamente inactivos. El 22 se presentó Siqueiros a llevarles dinero. Narciso y "El Enfermo" le pidieron permiso para ir al día siguiente a la ciudad a comprarse calzado. Así lo hicieron. A su regreso, Herrera decidió trasladarse a México. Se embriagó y no pudo volver a la casa a la hora que se le ordenó. Sólo encontró allí a "El Enfermo", el cual le dijo que la noche anterior se había presentado Antonio Pujol a buscarlos para realizar el trabajo objeto de su empleo. Sólo había podido llevarse a Luis Arenal y a Narciso N. Por lo visto, esta circunstancia evitó a Herrera el tomar parte directa en el asalto.

El día 25 volvió Luis Arenal a llevarse a "El Enfermo". Le entregó a Herrera cincuenta pesos y le dijo que podía irse a pasear. Fué en busca de Ana López y de Julia Baladas a Coyoacán, encontrándose con la puerta cerrada. Corrió entonces a casa de los padres de Ana, calle de la Libertad, 134. Se enteró allí del asalto a la casa de Trotski, del cual se había librado por una casualidad. Ana y Julia, que se habían dedicado a espiar la casa de Trotski y a conquistar a los policías, habían recibido orden, por intermedio de Zúñiga Camacho, de abandonar la casa de Coyoacán en cuanto oyeran tiros. Y así lo habían hecho.

Tales fueron las primeras revelaciones que logré obtener de Mariano Herrera Vázquez. Podían ser de gran importancia.

Luego Ana López y Julia Barradas habían ocupado las viviendas 11 y 13 de la casa de vecindad de la calle de Abasolo, 85, a pocos pasos de la residencia de Trotski. Ambas habían desaparecido al producirse el asalto. Me presenté allí inmediatamente con el

fin efectuar un registro. Las dos viviendas estaban cerradas con candados. Procedimos a abrir, en primer lugar, la casa de Julia. Al hacerlo trascendió hasta nosotros un fuerte hedor que nos hizo sospechar que bien pudiera encontrarse allí un cadáver abandonado. Inmediatamente pensamos en Sheldon. Hicimos la luz. No había ningún cadáver. Sobre una mesa encontramos una olla de barro, con comida descompuesta, que era lo que despedía tan fuerte hedor.

Registramos los muebles. Entre otros papeles encontramos un croquis, bastante mal trazado, de la casa de Trotski, credenciales demostrativas de que Julia pertenecía al Partido Comunista, varios comunicados del mismo ... En una de las hojas de un cuaderno escolar había escrito a lápiz algo referente a que no había que matar a Trotski, sino simplemente apoderarse de sus archivos, y que Trotski era un obstáculo para el desenvolvimiento de la doctrina comunista. Aquello había sido escrito, sin duda, por la propia Julia Barradas. ¿Era, quizá, lo que le habían asegurado a ella misma sus jefes? Probablemente. En todo caso, esta nota parecía bastante reveladora. La autora habíala escrito, sin duda, para convencerse a sí misma de que estaba cumpliendo una misión, para tranquilizar su conciencia, y luego, en la fuga precipitada, la había olvidado. Pero ¿y su contenido? ¿Podía creer sinceramente que no se trataba de asesinar a Trotski, sino simplemente de arrebatárle sus archivos? Lo que sí debía creer sinceramente, como lo creían los militantes comunistas fanatizados en general, era la última parte: que León Trotski constituía un serio obstáculo para el desarrollo del comunismo stalinista.

Encontramos también un papel que decía: "Estuve a buscarte y no te encontré. Volveré a las cuatro. Pedro". Nos apoderamos, en fin, de varias fotografías, entre las que se encontraban una de Mariano Herrera Vázquez y otra de la hijita de Julia, llamada Sovietina. Constituía este extraño nombre una prueba más del fanatismo soviético-comunista de sus padres.

Pasamos a la vivienda de Ana López. Sobre la cama había algunos bultos de ropa, como si hubieran estado haciendo preparativos para un cambio. Los papeles que encontramos nos demostraron que Ana era también un miembro activo del Partido Comunista. Lo mismo que Julia. Nos apoderamos también de varias fotografías.

Estaba bien claro el papel llenado por las dos mujeres: observar las entradas y salidas en la casa de Trotski, los relevos de los agentes apostados al lado de la puerta y sobre todo, la amistad y el posible soborno de los mismos. Julia no había

vacilado, incluso, en convertirse en amante de uno de ellos. Según las declaraciones de los propios agentes, so pretexto de que se iban a vivir pronto a la capital, habían propuesto la organización de un baile precisamente la noche en que tenía que efectuarse el asalto, seguramente con el fin de alejar al mayor número posible de ellos de la vigilancia de la casa. Todo había sido preparado metódicamente, conforme a la técnica guepeuista.

Pero ahora había que proceder al arresto de las dos mujeres. Su localización era por demás difícil, pues su pista se perdía completamente desde la noche del asalto en que abandonaron presurosas su vivienda de Coyoacán. Di orden al agente Pedro Castañeda de que se dedicara exclusivamente a este asunto sin otra base que las fotografías de Julia y de su hijita Sovietina. El agente se dió a la ingrata tarea de ir inquiriendo de casa en casa por todos los sectores de Coyoacán y sus colonias adyacentes. Era como encontrar una aguja en un pajar. Esta labor duró varios días y, mientras tanto, la prensa capitalina demandaba de mí informes nuevos sobre la marcha de la investigación a través de los reporteros policíacos. Y es que el público les apremiaba a ellos, pues, ávido de noticias sobre el sensacional suceso, exigía un reportaje diario. Creíase que el Servicio Secreto no se ocupaba ya del asunto o que había adoptado la táctica del silencio para poder allanar el camino hasta la meta final.

Cierta mañana llegué a mi oficina presa de gran contrariedad: uno de los principales diarios de México publicaba ese día el infundio de que iba a ser relevado de la dirección inquisitiva, la que iba a serle encomendada a un conocido detective. ¿Tratábase de un recurso para obligarme a dar material informativo y a satisfacer así a la opinión? La misma falsa noticia agregaba que mi relevo se debía a que parecía haber perdido el hilo de la investigación y a que me encontraba desorientado e inactivo. Sentíame profundamente lastimado en mi amor propio, del que tan cargados solemos andar los militares. Felizmente, ya en aquel momento poseíamos, una pista: habíamos dado con Sovietina, mandada por Julia, pocos días antes del asalto, a casa de sus abuelos. Estos, al igual que Herrera, nos decían:

—Deben estar ocultas en Coyoacán, en Churubusco, en Zacahuisco ...

Había iniciado ya en mi despacho las labores del día, cuando recibí una llamada telefónica de Castañeda.

—iPor fin hemos triunfado, mi Coronel! —me dijo casi a gritos—. Ya tengo en mi poder a Julia. Di

con ella en Churubusco. Sólo pude echarle mano a ella. La tengo en mi auto. Le hablo a usted desde el Hospicio de Niños. Espero sus órdenes en la parada de trenes del mismo nombre.

—iBravo, Castañeda! —repuse feliz—. No se mueva, que ahí voy. Espéreme.

Salí presuroso, seguido por mi ayudante señor Quezada. A la puerta de mi oficina nos topamos con el reportero del matutino que había publicado la noticia que tanto me afectó.

—iHola, mi Coronel! —me saludó.

Y cuando hube respondido a este saludo:

—¿Qué noticias tiene sobre lo de Trotski?— preguntó.

—Pues ninguna —repliqué—. Usted está más enterado que yo de mi relevo de la investigación. ¿Por qué no acude usted a mi sustituto? El le dará buenos informes.

Volé por la escalera de la Jefatura sin aguardar el ascensor. ¡Cuántas veces lo había hecho así! Tomamos mi coche y, minutos después, tenía en mi poder otro eslabón de la cadena...

Julia Barradas era una mujer no mal parecida, de ojos y cabellos negros. Mostraba cierto desparpajo. Al registrar su bolso trató de disimular, entre sus papeles, un décimo de la Lotería Nacional. Le fue recogido en seguida. En el reverso había anotada una dirección. Envié a Castañeda a verificarla. Se trataba del nuevo domicilio de Ana López. Esta era detenida unas cuantas horas después de que lo fuera su compañera Julia Barradas.

No tardé en darme cuenta de que no sería empresa fácil hacerlas declarar. Me dieron mucho más trabajo que los hombres, Setenta y dos horas pasamos interrogándolas. Julia se mostraba altanera, casi desafiante. Se me ocurrió una estratagema para que declarara. Le dije que su marido, David Serrano Andonegui, casado al mismo tiempo con otra mujer, era quien la había vendido.

Eso no es verdad, no puede ser verdad —exclamó escéptica.

—¿Qué no? Estoy dispuesto a demostrárselo. Ya verá.

La hice ocultar detrás de una puerta y di orden de que me trajeran a Serrano Andonegui. Ignorante éste de que Julia estuviera escuchando, a preguntas mías empezó a expresarse lo peor posible de ella. Colérica, irrumpió entonces Julia en la pieza en

que nos encontrábamos y se mostró dispuesta a decir toda la verdad. Los celos consiguieron lo que no habían podido conseguir la perseverancia y el cansancio.

Para hacer declarar a Ana López me valí de otra estratagema. Le aseguré que era inútil negar, pues ya su compañera Julia lo había confesado todo. Le repetí algunos de los puntos de su declaración. Le anuncié, además, que iba a efectuar un viaje de unos veinte días y que durante este tiempo su situación sería por demás incómoda. Se decidió entonces a hablar.

Había acabado por desenmarañar toda o casi toda la madeja sobre el atentado. Conocía ya, realmente, todos los detalles sobre el mismo y sabía los nombres de los principales actores, así como el papel desempeñado por cada uno de ellos. ¿Pero qué había sido de Robert Sheldon Harte? ¿Dónde se encontraban David Alfaro Siqueiros, Antonio Pujol y Manuel Zúñiga Camacho? Mi labor estaba lejos de haber terminado.